

El año que votamos con los pies

GERARDO IRACHETA VALLÉS

Cuando acaba un año es habitual que nos preguntemos cómo somos los españoles. Pero esta pregunta es indisoluble de otra: ¿cuántos somos? E incluso otra más complicada aun de responder: ¿quiénes somos?

El dato: España acabará 2022 con su récord demográfico (47,6 millones de habitantes, según los datos del INE recogidos en el padrón) que coincide, dado nuestro crecimiento vegetativo negativo, con otro récord que explica y hace posible el anterior: el primer semestre de este año que acaba se produjo la mayor llegada de inmigrantes de nuestra historia (casi medio millón). Dicho de otra forma, en pleno auge del concepto de la *España vacía*, que sacude algunos territorios intentando arañar un diputado a PSOE o PP, en nuestro país viven y trabajan más personas que nunca en su historia... aunque acumulados, también más que nunca, en las áreas urbanas.

No siempre fue así: de finales de 2009 a comienzos de 2015, España perdió población. Cada semestre las salidas de nuestro país superaban a las llegadas. Desde 2015, el flujo se invierte, empiezan a llegar más personas y a compensarse la caída de nacimientos de tal manera que España vuelve a crecer. Esa tendencia, interrumpida brevemente durante la pandemia, se recupera con un efecto rebote hasta ahora.

A escala mundial, las personas votan con los pies. La frase, cuya paternidad pertenece al historiador **Yuval Noah Harari**, describe la emigración como un acto voluntario y libre, equiparable a la promesa política de un cambio, al ideal de una vida mejor.

Como casi todo lo bello en este mundo, la idea encierra una contraparte ingenua: a diferencia del voto, no siempre se puede emigrar donde se quiere. La proximidad geográfica se suma a las trabas administrativas y políticas que condicionan drásticamente estas decisiones. La *biopolítica* de la frontera se incardina en una realidad insoslayable: ninguna sociedad carece de límites a su modo de vida y no querer reconocer esto –o insistir en lo contrario, desde posiciones de superioridad moral pretendidamente filantrópicas– es abonar el camino para lo contrario: la reacción del populismo xenófobo. Además, las trágicas muertes de subsaharianos en nuestros mares o saltando nuestras fronteras para alcanzar el suelo –y el sueño– español y europeo nos alertan de que la emigración es, en demasiadas ocasiones, una huida empujada por el terror de la guerra o el hambre en estados fallidos. Estados que a duras penas podemos ubicar en un mapamundi, de los cuales los occidentales nos hemos desentendido irresponsablemente, cediendo un protagonismo inquietante a Rusia o China.

Nada de lo anterior altera un hecho innegable: ser el destino final de cada vez más personas indica que, al menos como país, nos están votando bastante con los pies. Los inmigrantes empadronados son ya casi seis millones, alrededor de un 12% de nosotros (el equivalente a la población de la Comunidad de Madrid); forman una parte decisiva de nuestro presente y futu-

ro. Navegan con el resto en este barco llamado España. Han decidido compartir su suerte con la nuestra.

Se traen consigo, eso sí, la memoria de su país. Si un país son sus recuerdos compartidos, los españoles nacidos antes de los 80 hemos de aceptar que la España que tanto disfruta con los *Cachitos* de TVE llega hasta la EGB. Ni **Martes y 13**, ni los espectáculos musicales de fin de año, que empezaron con **Raphael** y su *Tamborilero* y llegaron hasta **Sabrina** y su sicalíptico *Boys, Boys, Boys*, forman parte de la educación sentimental de una relevante porción de nuestra sociedad, por edad o por origen.

En cambio, gracias a los venidos de fuera nuestra memoria colectiva extiende nuevas raíces en Caracas, Quito, Tánger o Bucarest, de la misma manera que en Nueva York,

tura. Esa comunidad humana está mezclando sus recuerdos con los nuestros y buscando un punto de convergencia desde el que mirar al futuro. Es una transformación bidireccional. Ellos cambian de suelo, y nosotros, sin darnos cuenta, de piel. Y no es exclusiva de España, sino de los países más desarrollados donde las personas buscan no solo un empleo, sino libertad, paz y capacidad de integración. Lo hemos visto gráficamente en el Mundial de Qatar. No todas las selecciones tienen la suerte de que personas con orígenes, apellidos y rasgos dispares defiendan con orgullo sus colores. Pero sin

duda España, junto a Francia, Reino Unido o Alemania, es ya uno de esos pocos países donde el mestizaje empieza en el propio equipo, desmintiendo la visión arcaica del Mundial como choque de civilizaciones futbolístico. Hasta Marruecos, que ha metido a África por primera vez en semifinales, tiene una selección global, con jugadores nacidos y formados futbolísticamente en España, Canadá o Francia. El fútbol es un complejo viaje emocional de ida y vuelta: sus jugadores crecen en Getafe y echan los dientes en nuestros estadios,

(más que ciclo, un ciclón demoscópico), miremos un poco más allá, a la España que continuará en 2024 y 2025.

Aunque a veces se convierten en el centro involuntario de la campaña electoral, solo unos pocos de los que ya viven entre nosotros podrán elegir su partido en las urnas en mayo y noviembre. Todos, sin embargo, forman parte de un país que vota cada día. Que lleva, de hecho, años votando construir con un *demos* compartido. En menos de lo que creemos, no solo podrán votar (esta vez, con las manos), sino que también serán votados, como ha ocurrido

en Francia con la alcaldesa de París o el ex primer ministro **Valls**.

En unos años, o quizás ya es así, sus recuerdos navideños sabrán a uvas. Lejos quedan esas fiestas navideñas que se celebraban entre la añoranza de familiares que se fue-

ron a Francia, Suiza o Alemania, plasmada en películas como *Vente a Alemania, Pepe*. En medio siglo el sentido de ese viaje se ha invertido y nada como ese cambio ejemplifica mejor la magnitud de una transformación sin parangón en nuestra historia reciente. Un orgullo que hoy podemos y de-

«Los inmigrantes empadronados son casi el 12% y pronto podrán ser votados»



Paseantes disfrutaban de la calle Preciados, en el centro de Madrid. JAVIER BARBANCHO

primera ciudad global del mundo, se pueden sentir, más de cien años después, los vestigios culturales de un viaje que comenzó en Sicilia, Puerto Rico o Varsovia. La migración no solo enriquece nuestro porvenir, sino que impregna retroactivamente nuestra identidad de acentos y circunstancias ajenas. Pasear por Madrid estos días, bajo las luces navideñas y entre puestos de castañas, es pasear por el mundo en minia-

pero, desde el éxito, eligen defender el país que abandonaron sus padres buscando un futuro mejor.

Resulta inevitable subrayar que este camino no estará exento de resistencias y dificultades. No faltarán quienes las expongan, analicen y hasta magnifiquen. Pero permítanme que hoy, cuando tanto preguntan a Sigma Dos por el rumbo que puede tomar este 2023 electoral que se nos viene

bemos compartir con quienes han decidido construirlo con nosotros. La Navidad, de hecho, celebra el nacimiento de una vida en continuo tránsito: a **Jesús** lo trajeron al mundo donde **María** y **José** pudieron. Por muchas navidades juntos.

Gerardo Iracheta Vallés es presidente de la empresa decana española de estudios de mercado y demoscopia Sigma Dos